

Vaticano II: Encuentro entre lo esencial y lo existencial

Jesús Renau, SJ

Profesor de Teología Espiritual en ISCREB

E-mail: jrenau@jesuites.net

Karl Rahner en uno de sus primeros escritos dijo: «Toda dogmática católica habrá de ser teología esencial y existencial». Esta frase podría darnos una buena clave para interpretar de forma sintética el proceso del Concilio Vaticano II.

El intento de los que prepararon el Concilio iba a lo esencial, entendido especialmente como una formulación de determinadas dimensiones de la fe en gran parte desde la interpretación escolástica tradicional.

Los obispos, venidos de todo el mundo, con su enorme bagaje pastoral, intentaron fusionar a lo esencial la dimensión existencial, la experiencia del ministerio. El encuentro de las dos dimensiones en gran parte renovó la Iglesia. La experiencia pastoral mundial, representada por los obispos y ayudada por grandes teólogos, provocó, como don del Espíritu Santo, que el Vaticano II marcara para la Iglesia

un antes y un después. Una gran parte de los primitivos esquemas de la Curia resultaron inactivos.

Desde el principio las sesiones del Concilio mostraban una notable fuerza interior, la pasión para unir determinados dogmas con la realidad misionera, pastoral y evangelizadora que aportaban la mayor parte de los más de dos mil obispos venidos de todos los continentes de nuestro mundo. Su preocupación fundamental eran las iglesias locales que tenían confiadas, eso sí desde el horizonte de la Iglesia universal, representada en el aula conciliar. Los encuentros de unos con otros, las largas conversaciones sobre lo que se estaba viviendo en el mundo entero, las consultas con los teólogos, las dificultades, los aciertos... iban despertando una dimensión pastoral que acabó definiendo el Concilio como especialmente pastoral. Fue un notable acierto del Santo Padre Juan XXIII convocarlos a todos, in-

tuyendo que en la mutua comunión y comunicación iba a surgir un estilo nuevo y profundo para orientar la Iglesia hacia una sociedad que estaba en tiempo de búsqueda con un aire de cierto optimismo confiado. El mismo Papa lo concretó con aquellas memorables palabras «abrir puertas y ventanas de la Iglesia para que entre un aire fresco renovador». Sí, ciertamente, entró este aire nuevo, refrescante, no sólo en los trabajos y el aula conciliar, sino en gran parte de las comunidades y del Pueblo de Dios de Oriente a Occidente y de Norte a Sur. Por un tiempo acallaron aquellas voces que Juan XXIII lo definía como los «profetas de calamidades».

A los de aquella generación el Concilio nos ha dejado en lo más profundo de nuestro espíritu un aroma de renovación y actualización de la Iglesia del que no podemos prescindir por mucho que los tiempos actuales en parte no respondan a aquellas expectativas.

Pronto se notó una cierta división entre los padres conciliares, una mayoría partidaria de afrontar y dar la cara a las cuestiones teológicas, morales y pastorales, y una minoría a la defensiva de los postulados de siempre, temerosa de que la Iglesia rompiera con su misma tradición. Ambos sectores recibían el asesoramiento de ex-

pertos y teólogos. Muchos de los documentos del Concilio muestran esta división, esta doble tendencia, porque había también un ambiente de fraternidad que facilitaba las correcciones y cesiones. Por esto actualmente todos pueden citar el Concilio, cada uno según determinados párrafos que fueron discutidos y a veces llegaron a consenso si bien otras veces no lo alcanzaron, como lo muestran las votaciones que constan en las actas. Pero esto no es nuevo ni tan sólo lamentable. El profesor Oriol Tuñí, SI, experto en el Nuevo Testamento, suele repetir que la Iglesia es plural desde el siglo I, como consta ya en los escritos inspirados de Nuevo Testamento.

Más allá de la letra está el espíritu. El Vaticano II dejó documentos importantes sobre la liturgia, la Iglesia, la relación con el mundo actual, etc. Y nos dejó el espíritu conciliar.

Este espíritu es un legado fundamental que nos alienta a poner gran atención a la realidad personal, social, política y científica. Es un espíritu de libertad, de diálogo, de fraternidad aun en opiniones diversas, de apertura ecuménica, de análisis de la cultura, de opción por los sectores empobrecidos y explotados, de optimismo en el Espíritu Santo, de esperanza y de

Vaticano II: Encuentro entre lo esencial...

reconciliación. Este espíritu del Vaticano II es un legado que debemos transmitir a las generaciones actuales y es sin duda el aire que moverá a la Iglesia hacia un Vaticano III que vuelva a dialogar con la sociedad y con las religiones, porque tenemos muchos temas pendientes y también la sociedad no encuentra respuesta válida y

honda para tantas crisis que la atenazan.

En el futuro –y ojalá también hoy mismo– habrá que volver a sentarse y a poner sobre la mesa lo esencial y lo existencial, con buena voluntad, simpatía y respeto para intentar sanar las heridas y llegar a nuevos encuentros. ■